

INDEPENDENCIA.

AMARGOS FRUTOS QUE PRODUCE ESTE ARBOL.

Esta voz que tanto alhaga la imaginacion de aquellos hombres febles que no tienen prevision de lo futuro, ni han hecho un formal estudio de la historia del genero humano llena de ejemplares harto costosos que prueban que el hombre en comun ó en individuo debe ser dependiente si quiere ser feliz sobre la tierra. Esta voz seductora, vuelvo á decir, se hace tanto lugar en la imaginacion de hombres inconsiderados ó falaces; que la preconizan como el mayor favor de la fortuna el colocar un estado fuera de la dependencia de otro, sin atender que el mismo estado al irrigirse independiente labra en las mismas autoridades que elige unas nuevas cadeas que deben sujetarlo al orden, si acaso aquellas nuevas autoridades, como no enseñadas á mandar iguales, y por esto mal obedecidas por la insolencia de los súbditos, no tratan de sostenerse á costa de ejecuciones rigorosas que comunmente vienen á declinar en tirania, asesinatos y opresion. De esta infernal politica resulta que la masa general del Estado, para libertarse de los tiranos sin concepto que la oprimen, muda de mandantes por el camino de la violencia, hasta que viene á caer bajo la esclavitud de un solo hombre atrevido y mañoso que supo hacerse dueño de la fuerza armada, con cuyo auxilio se hizo temer de la comunidad despues de haber sacrificado á la seguridad de su dominacion á cuantos hombres creyo capaces de disputarle el mando. No hay nacion sobre la tierra que no ofrezca ejemplos de esta verdad: los reinos, las repúblicas mas bien sentadas se han sujetado á estas terribles variaciones y sacudimientos por el desatinado prurito de mejorar de suerte con un gobierno imaginario y casero, sin atender al axioma, demasiado cierto, de que *no hay peor cuña que la del mismo palo.*

En los territorios de pequeña extension, es menos delincuente el ridiculo deseo de independencia, sin embargo de que siempre un Estado independiente pequeño, viene al fin á ser pre-

za de la ambición de otro mas grande su vecino. Toda la multitud de estados y repúblicas de la grande y pequeña Grecia, despues de saquearse entre sí con continuas guerras cayeron bajo el poder de Roma: esta república soberbia y ambiciosa pereció en Julio Cesar: el grande imperio erigido por este, se volvió á dividir en muchos reinos independientes, y las dos Grecias cayeron bajo el poder otomano, de modo que hace muchos siglos que aquella region ilustrada mas que ninguna de la tierra pereció con un eterno eclipse bajo el yugo de la media luna.

Sin embargo de estas terribles lecciones que ofrece la historia de los hombres, todavía se busca en el mundo independencia, como si esta trajera consigo la humana felicidad. Aspirar á ella un territorio muy extendido y dilatado, es una torpe solicitud que debe producir la disolucion de toda la parte reunida. Esta terrible disolucion la designó con demasiada claridad la astuta pluma del sofista Juan Jacobo Rousseau. Este ímpio en su *Pacto social* enseña que en tratandose de libertad é independencia, una provincia no debe sujetarse á otra, ni una ciudad á otra ciudad: cada una debe ser independiente y erigirse autoridades á su arbitrio; porque no encuentra razon para que un pueblo grande reconozca superioridad á otro cuando todos tienen en sí libertad é igualdad de derechos para hacerse sociedad sin dependencia agena, cuya dependencia tiene siempre el carácter de humillacion. Veaase aqui como aquel sofista tira á destruir las sociedades, contra la gran máxima de *Virtus unius fortior* engañando su pésima opinion con las falsas voces de libertad é igualdad.

Contra esta perversa opinion milita la máxima referida de que la virtud unida es fuerte, y milita tambien la razon de que si una provincia no debe estar sujeta á otra, ni una ciudad á otra ciudad, el mismo asistimiento en que se colocan las de-ja en tal debilidad que la que menos mira y proporcion tenga para sostenerse, debe al fin sucumbir ó sujetarse á la mas fuerte y más numerosa y de este modo lo que desmemora aquella desatinada y bárbara opinion de Rousseau, debe volver por medio de una guerra desastrosa á reunirse bajo una dura ley que se llame invasion por la parte menos poderosa; con lo que se da al través con la decantada libertad é igualdad que fue causa de la dismembracion.

Este es el espantoso cuadro que presenta la historia de las naciones. En estas vicisitudes del capricho humano, unas mejoraron de suerte; pero las mas empeoraron: casi toda la Africa y casi toda la Asia, con la Grecia europea, cayeron en esta de-

gradacion hasta el extremo (se dice) de sufrir el mas bárbaro despotismo, y vivir contentos sus moradores en la triste condicion de esclavos, siendo sus vidas ó intereses como propiedad del amo que los domina. Tantas cuantas veces la Europa ilustrada ha atentado contra estas naciones que llama esclavas y bárbaras, otras tantas ha quedado desairada y vencida su ilustrada potencia, porque ellas sin embargo de su para nosotros imaginaria esclavitud, han sabido por las armas rechazar vigorosamente toda invasion de la fuerza europea. El cielo jamás autoriza la ambicion que se apoya sobre la injusticia, y si alguna vez la apadrina, suele ser, ó porque acaso reclaman castigos á su justicia los execrables delitos de la nacion invadida, ó porque quiere mejorar su suerte con darle un gobierno mas reglado que el que tiene. (*)

En el suplemento del Noticioso de México número 733 se ha dicho que el Ser Supremo, como autor soberano del universo está obligado á mantener en él el orden que estableció. Los hombres podrán sobre la tierra turbar este orden; pero debe temerse que semejantes turbaciones produzcan mayores desgracias que aquellas imaginarias que se trataban evitar con unas medidas poco conformes á la voluntad divina. El Señor siempre está dispuesto á dar favor á la parte en que halla menos maldades, y así, los sucesos humanos no se miden ni medirán jamás por la política humana sino por las disposiciones del Altísimo ganadas con la preciosa moneda de la virtud. Por esta fiel balanza regla su justicia los sucesos.

Fatiguense pues los políticos y publicistas cuanto quieran en dictar mejoras al género humano; pero entiendan que siempre que sus ideas no estén conformes con la divina ley y las sagradas máximas del evangelio, ellas lejos de producir el bien que se proponen, solo acumularán mayores desgracias á la misma humanidad que se quiere hacer feliz. El hombre nació, no para serlo en la carrera del tiempo, sino en el país de la eternidad. La tierra será siempre para el hombre un almacén que lo provea á su pesar de miserias y cuidados; los placeres que él se busque los pagará con amargas lágrimas si en ellos

(*) Yo mandaria de buena gana á los seducidos por los sofistas J. J. Rousseau, y Montesquieu, á que predicaran en los Estados del Asia y de la Africa su sistema de los derechos del hombre. Seducir desde el bufete es facil, pero costara caro al seductor esta pasión de lucir su ingenio.

atropelló la ley que se puso por freno á su alvedrío injusto. Esto enseña la Religión, y despreciar esta sagrada instrucción es perderse.

No hay independencia para el hombre ni en individuo, ni en sociedad. No en individuo porque la ley y el orden le obligan á obedecer á quien tiene autoridad para mandarlo, además que lo sujeta la ley de la necesidad; no en sociedad porque la ambición, el poder y el resentimiento siempre están dispuestos á alzarle y á erigirse tronos que escriben sobre la dependencia y humillación de los demás hombres. Estos mismos, cuando buscan seguridad á sus actos buenos ó malos procuran reunirse en cuerpos numerosos y se sujetan á que los mande un jefe superior que premia y castigue para que reine el orden. Veanse aquí unos súbditos dependientes y sujetos al que los manda así como el jefe es también dependiente de los estatutos que rigen la comunidad.

De todo lo dicho se deduce que no hay independencia ni puede haberla si por ella se entiende que viva el hombre sin sujeción á ser castigado por la ley y oprimido por la fuerza de otro hombre; el poderoso siempre ha de triunfar del que poco ó nada puede. Aspirar una nación á ser independiente de otra no es mejorar de suerte, sino mudar de señores que la manden con igual ó mayor despotismo que la que desechó. La masa general del pueblo siempre será la cerviz sobre que cae que el pesado yugo que debe imponerle el poder y la autoridad que erija: mudará de señores, pero no de fortuna; por esta razón juzgo que el amor á la independencia de un Estado no es más que una ilusión que llevándose á efecto, después de plantear el desorden con robos, asesinatos y otros crímenes, viene á parar el Estado en ser presa de un tirano que erige un accidente de aquellos que reserva la divina Justicia para castigar la locura de los hombres preocupados de fanatismos políticos é inmorales. Los declamadores de independencia no buscan el bien de su país, sino su propia exaltación y su fortuna sobre las desgracias de sus compatriotas; pero muy rara vez se logran sus ambiciosas miras porque después de ser ellos víctimas de la revolución que provocaron, viene el Estado, como se ha visto á ser presa de quien menos parte tuvo en la inquietud y supo aprovecharse de ella para alzarse con el todo.

MÉXICO: 1830.

En la oficina de D. Juan Bautista de Arizpe.